

TAN ASOMBROSO COMO RIDÍCULO

Pedro Fernández Álvarez
Catedrático de Filosofía de Enseñanza Secundaria
peferal@yahoo.es

La filosofía es un asunto muy serio. Tan serio que por eso, desde su origen, se tropieza con el ridículo. Cuando Tales cae a un pozo por ir mirando al cielo, convierte en un ridículo traspiés el paso fundacional de la filosofía. «La misma burla podría hacerse de todos los que dedican su vida a la filosofía», concluye Sócrates, un tipo, según cuentan, muy dado a la ironía. Y si no que se lo digan a mis hijos, que estallaron en carcajadas cuando se enteraron de su célebre ocurrencia: *solo sé que no sé nada*. ¡Menuda tontería!, dijeron. Como lo de *conócete a ti mismo*... «¡Sí, hombre -dice Rafael Sánchez Ferlosio-, como si no tuviera una otra cosa en qué pensar!».

Lo serio es a menudo la matriz de lo ridículo. No hay nada más ridículo que el tropiezo y derrumbe de lo serio. Quien dice serio dice racional. Lo ridículo es el tropiezo irracional del que tan solo puede percatarse un ser racional. Por eso dijo Aristóteles que «el hombre es el único animal que ríe», y añadirá Bergson que también es un animal que hace reír, puesto que «fuera de lo que es propiamente humano, no hay nada cómico».

Animal racional, animal ridículo. Cuando el orden racional se quiebra, nos entra el pánico... o la risa. La risa nos aleja del pánico irracional y, por paradójico que parezca, nos regresa al plácido orden racional de lo cotidiano. Por eso la risa no puede durar mucho. Que se lo digan a Crisipo de Solos, quien literalmente se murió de risa.

Que la risa nos libera del pánico es algo que bien sabía Lutero, muy dado a bromear con lo sagrado, cuando aconseja a un joven pastor atenazado por el miedo escénico que se imaginase encontrarse desnudo ante sus feligreses. También lo saben los magos de *Hogwarts* que enseñan a Harry Potter el conjuro *Riddikulus* para librarse del miedo a los terribles *Boggarts*, y que consiste precisamente en imaginárselos como algo ridículo.

La risa es la efervescencia del sinsentido que, curiosamente, nos ayuda a digerir el tan precario como imprescindible sentido de las cosas.

Pero pongámonos, si cabe, un poco más serios y así, de paso, tal vez consigamos invitar al ridículo. Hay otro enfoque bien distinto para la historia de Tales. Así me lo hizo ver Denis Guedj en *El teorema del loro*. Según uno de sus protagonistas, el hoyo sería el precio que Tales tuvo que pagar para liberarse y liberarnos del miedo a la oscuridad. Tales habría aceptado caerse dentro y sumirse en una oscuridad «local» a cambio de liberarse y liberarnos de la oscuridad total de la noche celeste. Por eso, cayendo al pozo para poder comprender y predecir el eclipse, se convirtió, en palabras de Guedj, en «ese gran antepasado que dominó la sombra y domesticó la oscuridad del mundo».

Dominar la sombra... o *asombrarse*, salir de la sombra. El asombro como origen de la filosofía. Un asombro al que a veces se llega a través del ridículo. «La risa es un gran don que alivia de la oscuridad», dice el poeta Rafael Cadenas en su ensayo sobre la mística de San Juan de La Cruz.

También San Juan de la Cruz se convirtió en un maestro de las sombras, en un bendito asombrado, y también él se cayó -o le empujaron- a un pozo de pequeño. Abusando sin duda del paralelismo, fijémonos en que si fue una mujer la que presencié el tropiezo de Tales y «se burlaba de él, porque quería saber las cosas del cielo, pero se olvidaba de las que tenía delante y a sus pies», también fue una mujer, una Señora, la que guardó y sustentó a Juanito para que no se ahogara en el pozo. Y si la mujer tracia de Tales era «ingeniosa y simpática», como leemos en el *Teeteto*, la Señora de San Juan estaba «llena de gracia», según reza el *Ave María*. Ya sé que es un mal chiste, pero no me he podido resistir...

Sobre la pista de San Juan y de estas reflexiones me ha puesto, en su genial monólogo *La luz oscura de la fe*, ese chamán de la risa que es Rafael Álvarez, *El Brujo*. Más genial si cabe fue otro monólogo que tuve el privilegio de escucharle sobre San Pedro de Alcántara. Decía Santa Teresa que de viejo era «tan extrema su flaqueza, que no parecía sino hecho de raíces de árboles»; como el Buda en el momento del despertar, según la estatua del denominado *Emaciated Buddha*, que se puede contemplar en el museo de Lahore. Fray Pedro de Alcántara, hermano franciscano, fue un buda por méritos. Mientras que Siddharta estuvo meditando sentado cuarenta días hasta que se convirtió en el Buda, «el que ha despertado», fray Pedro estuvo despierto cuarenta años hasta que, llegada su hora, por fin se sentó... a descansar en la casa del Señor. No me extraña que sus últimas palabras fueran las del salmo 121: *Laetatus sum in his quae dicta sunt mihi*, «qué alegría cuando me dijeron...». Nos lo cuenta la santa:

«paréceme fueron cuarenta años los que me dijo había dormido sola hora y media entre noche y día, y que éste era el mayor trabajo de penitencia que había tenido en los principios, de vencer el sueño, y para esto estaba siempre o de rodillas o en pie. Lo que dormía era sentado, y la cabeza arimada a un maderillo que tenía hincado en la pared. Echado, aunque quisiera, no podía, porque su celda -como se sabe- no era más larga de cuatro pies y medio».

Fray Pedro bien sabía que para el hombre que despierta no hay descanso. Por eso es bien seguro que recitara para sí aquellas palabras de Jesús (Mateo 8,20), que por entonces ya había traducido al castellano el judeoconverso Martín de Lucena: *las gulpejas tienen foyas & las aves del cielo nidos & el fijo del ombre non tiene onde enclinar su cabeça*.

¿Se imaginan la escena? Rafael Álvarez *El Brujo* así lo ha hecho, y le ha visto, cómo no, su lado cómico. No sería infrecuente que el pobre fraile se diese cabezazos en el maderillo, cayéndose de sueño, generando así un cómico ritmo de percusión: *toc, toc, toc*. ¿Y todo esto para qué?, pregunta *El Brujo*. Según él, fray Pedro habría dicho que es «para que Dios pueda reírse». Para la risa de Dios, que bastante estresado debe andar entre tanta petición contradictoria, unos que llueva, otros que no llueva... Sencillamente genial. Como ese refrán judío que, en mi inmodesta opinión, debería lucir a la entrada de las facultades de Filosofía: «mientras el hombre piensa, Dios se ríe». *Benito* sea Dios, como me dice cuando nos vemos un entrañable compañero de risas. *Benito* sea, digo yo, sobre todo cuando se ríe, que buena falta nos hace la risa del Creador para poder sufrir a estas ridículas criaturas que somos los humanos. Y buenos golpes con el maderillo, a ver si nos despertamos de esta pesadilla cotidiana...

Reírse de lo más sagrado, como *El Brujo*, como Lutero o como Santa Teresa de Jesús, quien llamaba a San Juan «mi medio fraile» y se reía de las «oraciones a bobas» de sus beatas. Como la risa que me asaltaba incontenible de muchacho cuando estábamos en misa, o la que, antes de que llegasen los asépticos tanatorios, constituía un escape liberador en los velatorios. A este último respecto, quisiera contar una broma macabra que tuvo lugar en el reciente entierro de mi padre. Mi hermana y mi cuñado inglés habían acudido desde Inglaterra para el funeral y el entierro. Para no incurrir en gastos de *roaming*, decidimos que esos días utilizarasen el móvil de mi padre fallecido para comunicarnos entre nosotros. Cuando salíamos del cementerio, me suena el móvil con un sms a nombre de *Papá*, que, pillándome de improviso, me pegó un buen susto. El mensaje rezaba: «¡Ya está bien de bromas! ¡¡Ahora sacadme de aquí!!». Enseguida vi las risas de mi cuñado, haciendo gala de su proverbial y negro humor inglés.

Ya sé que no todo el mundo se reiría en una situación así, ni a todo el mundo se le toleraría una broma de esta índole. Pero para nosotros fue liberador. Porque la risa es una bendición. O una redención, como titula y concluye Peter Berger su excelente ensayo *Risa redentora*. Qué desazón y qué mal rollo cuando alguien, muy serio, te dice: «¿y tú de qué te ríes?». Y qué pánico cuando el que lo dice es un amenazante fundamentalista, con atrofiado sentido del humor. Se trata del que Rabelais bautizó con un atinado y olvidado neologismo tomado del griego: *agélaste*, el que carece de sentido del humor, al cual temía y despreciaba profundamente. Líbrenos Dios de los *agélastes*.

Claro que también hay risas crueles, como la que refiere Platón en su alegoría de la caverna, cuando describe la penosa situación del liberado que ha conocido la verdad del mundo exterior, el mundo inteligible, y que, tan torpe como generosamente, vuelve a contárselo a los prisioneros:

«Y si tuviera que discriminar de nuevo aquellas sombras, en ardua competencia con aquellos que han conservado en todo momento las cadenas, y viera confusamente hasta que sus ojos se reacomodaran a ese estado y se acostumbraran en un tiempo nada breve, ¿no se expondría al ridículo y a que se dijera de él que, por haber subido hasta lo alto, se había estropeado los ojos, y que ni siquiera valdría la pena intentar marchar hacia arriba? Y si intentase desatarlos y conducirlos hacia la luz, ¿no lo matarían, si pudieran tenerlo en sus manos y matarlo?».

El ridículo de Tales parece tener un final feliz: la risa de la muchacha tracia, que previsiblemente ayudaría a salir del pozo a un Tales avergonzado; también el de San Juan, a quien le tiende la mano una graciosa Señora. Pero el trágico destino de Sócrates, otro guía en las sombras, a quien amargamente recuerda Platón en su alegoría, no tiene ni pizca de gracia. Tal vez por eso al bueno de Platón se le agrió el carácter y, de paso, a gran parte de la filosofía clásica. Como, por cierto, sucedió con la burla mucho más cruel que sufrió ese otro maestro, Jesús de Nazaret, proclamado rey con un manto ensangrentado y una corona de espinas, y que también marcaría el destino malhumorado de la teología cristiana.

La risa es cómplice pero también es excluyente. «¿Lo pillas?», es el salvoconducto hacia la risa que a menudo acompaña a la broma inteligente. Y uno perfectamente se puede quedar fuera... Sea como fuere, la risa -o al menos, cierta risa- te introduce en -o te excluye de, si no lo pillas-

otro ámbito, otra dimensión que dormita en el seno de lo cotidiano. Por eso los místicos están muy cerca de los necios, de los cómicos. No solo *El Brujo* ha reparado en el ridículo de los santos. En la iglesia ortodoxa hay una venerable tradición de santos ridículos, como San Andrés *El Necio*, quien, como un Diógenes, se paseaba desnudo y dormía con perros abandonados. Se trata de la transgresión, del resquebrajamiento de lo cotidiano, del resquicio en la celda racional por el que puede verse el rostro iluminado de la risa.

La risa te introduce en el ámbito de lo sagrado, el más allá que se esconde aquí y ahora. En donde la conciencia se diluye en la nesciencia. Por eso el alcohol y las sustancias psicotrópicas frecuentemente son propensos a producir la risa, como formas inferiores de la mística que son, en palabras de Philippe de Félice en su obra *Poisons sacrés, ivresses divines*. Borrachos de Dios, como los místicos sufíes, como los necios-sabios taoístas, o como el mismo San Juan de la Cruz:

En la interior bodega
de mi Amado bebí, y cuando salía
por toda aquesta vega,
ya cosa no sabía
y el ganado perdí que antes seguía.

Perderse lo ganado. Borrarse y comenzarse, como tal vez quería decir Sócrates con su irónica ocurrencia. Sumergirse en la *nube del no saber*, en esa *docta ignorancia* en que ni Dios sabe nada, como reza un antiquísimo himno del *Rigveda*:

Cuáles son los orígenes de la creación,
él, si la modeló como si no la modeló,
él lo sabe, el que la vigila desde el sumo cielo,
él lo sabe. O quizás tampoco lo sepa.

Tal vez fuera esta broma cosmogónica de sus antepasados la que llevase al Buda Sakyamuni a abandonar toda indagación metafísica. Son célebres los silencios del Buda sobre tales cuestiones. Por ello, en un vistazo apresurado, suele considerarse al budismo impropriamente como una religión atea. La verdad es que al Buda, Dios le importaba un carajo. Y viceversa, como él y Epicuro bien sabían. Por cierto, una manera elegante y contundente de decir que somos insignificantes. El Buda, imperturbable como Epicuro en su *ataraxia*, ante el bullicio y los miedos de los ridículos humanos, quiso coger al toro por los cuernos. Solo sé que no sé nada, salvo que *sarvam dukham*: todo es dolor, sufrimiento. La pena, la *duca*, como dicen los gitanos, usando por cierto la misma palabra, de origen sánscrito, que el Buda. Solo que ellos, en vez de aplicarse el *tetrafármaco* de Epicuro para vencer los miedos que nos angustian, o transitar por el *óctuple sendero* budista para apagar la sed del deseo que origina el sufrimiento, optaron por apagar su sed de un modo mucho más literal... prefiriendo un *symposion*, más dionisiaco que platónico, un «combebercio» festivo donde la risa, entre caldos quitapenas, hace que *merezca la pena* transitar por este valle de lágrimas. Para pasar la duca, la pena, nada mejor que la fiesta, la fiesta flamenca,

donde sabiamente convive la desgracia, que tan *jondamente* reflejan las letras de los cantes gitanos, con la risa y alegría del baile y la celebración. Nietzsche, que no conoció el ritual de la fiesta flamenca, supo ver esa misma catarsis en la celebración dionisiaca de la tragedia, aunque tal vez le faltó darse cuenta de que la comedia es si cabe una irrupción más abrupta y transgresora de lo dionisiaco, como señala Berger. En todo caso, el defensor de la *gaya ciencia*, la ciencia alegre, que sin duda tenía un *master* en sufrimientos, sabía que la alegría, en su santo decir sí, redime todos los dolores, reafirma la existencia y quiere profunda, profunda eternidad: el *eterno retorno*. «Esto hay que repetirlo» y «si no fuera por estos momentos» son expresiones de la sabiduría popular cuando encontramos un oasis de gozo en este yermo de *ducas*.

Un ingrediente consensuado de la risa, desde que lo señalara Francis Hutcheson, es la incongruencia. El error, el absurdo, el tropiezo, no solo son inevitables y ridículos, sino que son connaturales al hombre y son tal vez la herramienta más fructífera de nuestra creatividad. El tropiezo es condición, como hemos visto, del asombro, del despertar a otros caminos que nos liberen del pánico de las sombras. De algún modo, reír es despertar, salir del sueño de la razón, de esa razón que, como pintó un Goya atormentado, produce monstruos.

Los *koan* del budismo zen son preguntas absurdas que con frecuencia parecen bromas. Son bromas destinadas a romper con la trama racional y ayudan al despertar. Como las bromas de Diógenes *El Perruno*, ese «Sócrates enloquecido», como le llamaba Platón, que representa esa otra vía jocosa y transgresora -y tan poco transitada- de la historia de la filosofía.

Epicuro lo sabía, cuando dijo: «a la misma vez debemos filosofar, reír, atender nuestra casa y negocio, y nunca dejar de proclamar las palabras de la verdadera filosofía».

Y Spinoza también, cuando en su sesuda geometría de los afectos sentencia: *Laetitia est hominis transitio a minore ad maiorem perfectionem*: «la alegría es el paso del hombre de una menor a una mayor perfección». Lo demás son pasiones tristes que nos regresan a las sombras.

La filosofía, a pesar de estos escasos y risueños precedentes, es un asunto muy serio. Por eso un servidor, servidor público, estima conveniente sazonar sus clases de filosofía con alguna que otra broma. Y la verdad es que los filósofos te lo ponen bastante fácil. Suelo ensañarme especialmente con el *cogito* del francés, y más aún, con su *res cogitans*. Tengo que confesar que cuando era adolescente, descubrir de repente que era una *cosa pensante*, sumado a una mal digerida lectura de Samuel Beckett, me produjo un cierto pánico. Tal vez por ello aconsejo a mis alumnos no reparar en la *res cogitans* en pleno botellón y/o bajo los efectos de alguna sustancia psicotrópica. Es preferible, les digo, recordar a Descartes comiéndose un bocata de chorizo y recitando, al engullir cada bocado: «soy una cosa pensante». De lo más ridículo, ¿no? Al fin y al cabo, como decía Unamuno, «fue poniéndose en ridículo como alcanzó su inmortalidad Don Quijote». Y no deja de ser significativo que tan genial elogio de la locura y el ridículo fuera escrito muy pocos años antes que el mayor alegato del racionalismo, el *Discurso del método*.

Claro que luego vino Hume con la todavía más inquietante *insustancialidad del yo*. No deja de ser cómico que eso lo diga un ilustrado pelucón en pleno siglo de la razón y de las luces, cuando tal vez solo pueda entenderlo en profundidad un monje budista de esos que recitan el *Sutra del Corazón* celebrando gozosamente el *anatman*, la ilusoria y vacía naturaleza del yo...

Pero ya estamos otra vez con los místicos. Y me temo que la teología también es un asunto muy serio. Salvo excepciones, como la del teólogo Reinhold Nieburh, que en su ensayo *El humor y*

la fe, citado por Berger, apunta que «la íntima relación entre el humor y la fe procede del hecho de que ambos se ocupan de las incongruencias de nuestra existencia». Tal vez por eso Tertuliano se quedó tan a gusto cuando soltó aquello de *credo cuia absurdum*: «creo porque es absurdo»...

Al fin y al cabo no es menos absurdo, si seguimos con Hume, que la herramienta racional en que más confiamos, la relación de causa-efecto, tenga una base tan precaria como *la costumbre que nos lleva a la creencia* en que mañana todo funcionará igual que hoy. Como el pollo inductivista de Bertrand Russell, al que su amo cada día le daba de comer al despuntar el alba; un día el pollo al amanecer confiaba en recibir su comida cotidiana... pero ese día el amo le retorció el pescuezo y se lo llevó al mercado para venderlo. Lo razonable, al parecer, no es más que el salto al vacío que llamamos *confianza*, aunque hoy preferimos eufemismos como «probabilidad»... ¡Quién lo iba a decir! La incrédula razón ilustrada, esa que quiso dejarse de cuentos y creencias para explicarse las cosas por sus causas empíricas, al final viene a ser cuestión de fe. ¡Menuda incongruencia! Tan absurdo como asombroso. Tan asombroso como ridículo.